



## EL SUEÑO DE GUSTAVO

Gustavo era un niño que tenía la doble desgracia de tener muchísimos defectos, y de no conocerlos, lo cual es una de las mayores desventuras que puede haber en el mundo; pues el que tiene una mala cualidad, y la conoce, al fin y al cabo llega un día en que se corrige; pero el que se cree intachable, nunca se enmienda.

Era orgulloso y vano (cualidad de todo ignorante), y se creía más sabio que los siete famosos de Grecia, cuando siempre había tratado con indiferencia el estudio, como todo lo que requería alguna atención ó trabajo, cosa esta última que le era completamente antipática, y estaba en contraposición con su carácter, y en guerra abierta con su temperamento.

Cuando alguna vez le hacían observar sus padres y maestros lo perjudicial de sus ideas, y de la pereza, que se le había hecho una enfermedad cró-

nica de puro identificarse con ella, solía responder con cierto aire de sabio, convencido de su mérito:

—Todos dicen que tengo algún talento, luego para nada me hace falta estudiar.

Y seguía adelante con su disparatado modo de pensar, muy satisfecho con aquella contestación, que él creía de gran peso, sin comprender que era solamente un desatino, y no de los de menor calibre.

Gustavo tenía otra mala cualidad, que era el ser tan embustero, que casi él mismo se creía sus embustes, los cuales habían causado más de un disgusto.

Sus padres deploraban que fuera así Gustavo, y le pedían á Dios con el mayor fervor que hiciera un milagro con aquel hijo querido; pues los padres, aunque los hijos tengan mil defectos, nunca pueden olvidar que son sangre

de su misma sangre, y que el demonio del orgullo y de la pereza que se habia apoderado de su corazon, le abandonara para siempre, dejando el puesto á la modestia y á la laboriosidad.

Ademas, la familia de Gustavo era bastante rica; pero comprendia que la riqueza es como el grano de trigo abandonado en la llanura, que es arrastrado por el soplo de la tempestad, y que aquella puede verse arrastrada por el soplo de la adversidad, por lo cual anhelaban sus padres que estudiara y fuera algo por sí mismo, por si aquella se atravesaba en su camino, cosa no muy difícil; pues el hombre, por lo regular, ve ántes el rostro al infortunio que á la felicidad, quizas porque el primero espera y persigue muchas veces al hombre, mientras éste corre en pos de la segunda.

Una noche que, dominado por la pereza, habia abandonado los libros y cuadernos que tanto le aburrían para entregarse en brazos del *dolce far niente*, que es el más íntimo amigo del perezoso, vió que una de las paredes de la habitacion se entreabria, y que impulsado por una influencia desconocida, echó á andar, y bien pronto se encontró en el campo.

Pero el sitio en que se hallaba era completamente desconocido para él.

Despues de andar algun tiempo, se encontró en un pueblo.

Entónces vió con extrañeza una casa, de la cual huía todo el mundo.

—¿Qué hay en esa casa? preguntó á uno de los que salían de ella. ¿Está infestada con alguna enfermedad?

—No, señor, respondió el interpelado, sino que ahí vive un hombre que no abre la boca más que para mentir. Desde niño ha tenido esa fea costum-

bre, que no supo ó no quiso corregir, y despues, ha aumentado de tal manera, que ha sido causa con sus mentiras de una infinidad de disgustos, y hasta ha llegado á ocasionar una infinidad de desgracias entre los honrados vecinos de este pueblo; de tal modo, que todos le han abandonado, y hasta su misma familia, todos huimos de su compañía, temiendo los resultados de una costumbre tan innoble y perjudicial.

Ahí le teneis, sin nadie que le ame, y abandonado á los remordimientos, que no hay duda que sentirá como todo aquel que comete una falta.

Gustavo, al concluir de escuchar estas palabras, siguió adelante un tanto pensativo, y disgustado con lo que acababa de oír.

Poco habria andado, cuando vió que se paraba la gente delante de las rejas de otra casa.

—¿Qué habrá ahí? murmuró nuestro perezoso al mismo tiempo que se aproximaba á una de las rejas.

Entónces vió un hombre completamente desnudo, en medio de una habitacion sin muebles ni adorno ninguno, el cual parecia presa de la mayor desesperacion.

—¿Quién es ese hombre? preguntó á uno de los curiosos.

—Es un loco que le ha dado la manía de que en teniendo talento no se necesita estudiar una palabra para ser un sabio.

—Dadme una manta con que abrigarme, gritó en aquel instante el loco.

En seguida le llevaron un cordero.

—Eso no puede abrigar.

—Pues lo mismo debe ser el cordero que la manta; de la lana del uno se fabrica la otra.

—Pero no está trabajada.

—Tampoco vos necesitais estudiar para ser sabio. Para eso basta el talento, y para la manta, basta la lana.

—Dadme unas tijeras para cortarla.

Y le trajeron un pedazo de mineral de hierro.

—¿Qué es esto? Eso no me sirve, quiero unas tijeras.

—Ahí teneis el hierro de que se fabrican ; ¿para qué más?

—Pues dadme dinero ; yo adquiriré con él todo lo que desee.

Inmediatamente le presentaron un informe trozo de cuarzo, en el que se veian algunas vetas del precioso metal.

—¡Oh! no me sirve para nada; no está fundido, no está acuñado.

—Es igual, el talento basta, pues el mineral tambien.

Gustavo no quiso oir más, y se retiró de la reja precipitadamente, y echó á andar sin saber á dónde iba.

Ya se encontraba fuera del pueblo, cuando oyó una voz suplicante que le decia:

—Una limosna, por Dios.

—Volvióse hácia donde habia partido la voz, y vió un hombre jóven todavía y de buenas maneras, en cuyo traje se notaban los restos de una pasada elegancia.

—¿Quién sois? le preguntó Gustavo.

—Me llamo el señor Orgullo, y mirad el triste estado á que me veo reducido. He sido rico, inmensamente rico, y alucinado por mis riquezas, me olvidé, necio de mí, de cultivar la mejor y la más duradera: la riqueza del trabajo.

Pasé mi vida entre el ocio y los placeres, confiado en lo inmenso de mis

tesoros; pero estos fueron destruidos por el rayo de la tempestad y por el de la guerra, y pobre, miserable, despreciado por mis semejantes, á los que nunca he sido útil, ni puedo serlo jamás, y á los que en tiempos he querido humillar, me veo obligado á pedir mi sustento á los que en otra época he mirado con desden.

Si en vez de fiarme sólo en mis riquezas, hubiera estudiado y trabajado sin descanso, no me veria hoy como me veo, sin poder esperar nada de mí mismo, puesto que nada sé hacer.

—¡Oh Dios mio! ¡qué necio he sido y qué ciego he estado! exclamó Gustavo, echándose á llorar. Afortunadamente lo reconozco, y me corregiré para siempre de mi locura.

Al concluir de pronunciar estas palabras, miró á su alrededor y se encontró en su habitacion.

Todo habia sido un sueño.

Pero aquel sueño fué una leccion que supo aprovechar Gustavo en lo que valia, y desde entónces apartó de sí todas las malas costumbres y necias ideas de su pasado, para echarse en brazos de la verdad, la modestia y el trabajo.

No olvideis, hijos mios, el sueño de Gustavo. No olvideis que la mentira es un vicio repugnante, que siempre tiene su castigo; que el orgullo es una pasion necia y ridícula, cuando sólo tiene por base la fortuna, y que sólo es dado tener con justicia orgullo al que lo funda en el trabajo y la virtud, y no olvideis tampoco que el talento sin estudios, es lo mismo que un terreno sin cultivar.

F. VARGAS.





## HIMNOS Y LETRILLAS MORALES PARA LOS NIÑOS

### I

#### FLORES DE LA INOCENCIA

##### CORO

*Preciosas flores  
de la inocencia,  
vuestra existencia  
es grata á Dios.*

El alma pura  
que es inocente,  
brilla esplendente  
cual claro sol,  
y como aurora  
que alegra al mundo  
con rubicundo  
bello arrebol.

Dulce y dichosa  
es la existencia,  
si la inocencia  
con candidez,  
la arrulla y llena  
de encantos bellos,  
que son destellos  
de honor y prez.

Dios fecundiza  
con sus amores  
las nobles flores  
del corazon,  
que, con pureza  
y ardiente anhelo,  
busca del cielo  
la posesion.

De la *inocencia*  
 las santas *flores*  
 son sus primores  
 de gran valor,  
 á Dios agradan  
 y al hombre hechizan,  
 pues simbolizan  
 «gracia y amor.»

—  
 Angeles puros  
 en copas de oro  
 el gran tesoro  
 saben guardar  
 de la *inocencia*,  
 flor de dulzura,  
 cuya hermosura  
 es singular...

—  
 Vuestras virtudes  
 flores fragantes,  
 verted amantes  
 sobre el mortal  
 que os ama, y busca  
 con fé sincera  
 la verdadera  
 dicha eternal. *Coro...*

## II

## LA HUMILDE VIOLETA

## CORO

*Tierna violeta,*  
*que hermosa naces,*  
*á Dios complaces*  
*con tu humildad.*

—  
*Tierna violeta,*  
 si Dios te exalta  
 á la más alta  
 cumbre de honor,  
 es porque viertes  
 con inocencia  
 de tu existencia  
 el suave olor.

Tu débil tallo  
 que me embelesa  
 el aura besa  
 con sencillez,  
 y tú, humildosa  
 y reverente,  
 bajas la frente  
 con timidez.

—  
 Del mundo léjos  
 pasa escondida  
 tu dulce vida  
 con duro afan,  
 y los perfumes  
 que humilde exhalas  
 y á Dios regalas  
 al cielo van.

—  
 Céfito blando  
 te arrulla y mece,  
 y Dios te ofrece  
 dicha y quietud.  
 Si tu fragancia  
 el niño aspira,  
 la gracia admira  
 de tu virtud.

—  
 Jamás se alberga  
 en tu capullo  
 del necio orgullo  
 la vanidad,  
 y en el retiro  
 vuelan tus horas  
 encantadoras  
 con suavidad.

—  
 Por tí, *violeta,*  
 el alma siente  
 el grato ambiente  
 de paz y bien,  
 pues tú descuellas,  
 cual flor modesta,  
 en la floresta  
 del santo Eden. *Coro...*

FRANCISCO REIG Y LLOPIS.

## EL BAILE NO ME GUSTA Á MÍ

POR MADAME GIRARDIN

(Conclusion)

Las burras de leche empezaban á sonar sus campanillas por la calle, y las vendedoras pasaban con sus mercancías, no sin dejar de murmurar al ver los carruajes parados delante de la casa de Amparo:

—Vaya un capricho, acostarse cuando es de dia. Es verdad, que como pasan la noche divirtiéndose...

Amparo oyó esto, y murmuró:

—¡Si al fin se divirtiera una!

La fresca brisa de la mañana la aturdió de tal modo, que no oía sino vagamente la música, que poco á poco se iba debilitando y perdiendo.

Se habia puesto de rodillas sobre el divan, y los dos brazos los habia colocado sobre la balaustrada de piedra; entónces su cabeza fué inclinándose insensiblemente hasta que descansó sobre sus manos, y bien pronto se quedó dormida.

Al inclinar la cabeza se despeinaron sus cabellos, y el peine que los sujetaba se cayó á la calle, con una preciosa flor, que era la que componia todo su adorno.

El jóven que debia bailar con ella la última contradanza la buscó durante algun tiempo; pero no la pudo encontrar porque se hallaba oculta por las cortinas de la ventana.

Amparo estuvo dormida en la ventana durante todo el tiempo que duró el *cotillon*.

Su padre no la vió, y creyó que se habria ido á acostar; pues comprendia la gran necesidad que tenia de dormir.

El sueño de Amparo era tan profundo, que no sentia el frio de la piedra á traves de sus guantes blancos, que era lo único que abrigaba sus delicados brazos, ni oía el ruido de la calle, que aumentaba por momentos.

De este modo se hubiera estado quizá hasta la noche, si un demandadero no hubiera visto en la acera un peine, cuyos dientes acababan de romperse, y una flor artificial.

Un movimiento bien natural, le hizo alzar la vista para mirar á las ventanas de la casa, y entónces vió una hermosa cabellera que caía por la balaustrada.

Asustado al ver la cabellera, dió algunos pasos hácia atras, y vió entónces á Amparo, que dormia en la ventana.

Como no hacia ningun movimiento, y estaba de aquel modo con el cabello colgando, y ademas, nuestro demandadero recordaba alguno de los melodramas que habia visto, no dudó ni un momento que estaba muerta, ó que habia sido asesinada.

En seguida llamó á la puerta, y la portera despertó á la doncella de Amparo, que dormitaba en un sillón.

—Una desgracia ha ocurrido en esta casa, la dijo el demandadero; pero la camarera extendió los brazos toda ad-

mirada, sin comprender ni una palabra.

—Una gran desgracia ha ocurrido, repitió otra vez el demandadero, impaciente al ver que no le comprendían. ¡Un asesinato! añadió á continuación, para producir más efecto.

—¡Un asesinato! repitió la doncella llena de admiración.

—Sí, añadió el demandadero, una niña ha sido asesinada durante la fiesta (esta era una verdadera respuesta de melodrama).

—¡Oh! ¡Dios mío! esa debe ser mi señorita Amparo; no la he visto en toda la noche.

En seguida entró en el salón del baile toda asustada.

—Señor, señor, dijo, dirigiéndose al padre de Amparo; una gran desgracia ha ocurrido durante la fiesta; la señorita Amparo...

—¡Mi hija!

—Sí, señor; un hombre la ha visto sin conocimiento en una ventana. Digo sin conocimiento por no asustar á su padre, añadió después la doncella, dirigiéndose á los demás.

—¡Aquí está, aquí está! exclamó bien pronto uno de los jóvenes que habían contribuido al *asesinato* de Amparo.

Todos se dirigieron hácia el sitio indicado.

—Está de rodillas, dijo uno.

—Duerme profundamente, dijo otro.

—Está desmayada, dijo la doncella; es necesario hacerla volver.

—Nada de eso, exclamó entonces el padre de Amparo; al contrario, está dormida, dejémosla dormir hasta mañana; lo que necesita es descansar; creo que se la podrá conducir hasta su lecho sin despertarla.

## VI

En efecto, se la trasladó á su habitación, y la desnudaron sin que se despertara.

Al otro día, á las cinco de la tarde, cuando fué á sentarse á la mesa, todavía tenía sueño; pero no tuvo más remedio que levantarse.

Su padre y sus primos reunidos en el comedor, la esperaban con impaciencia.

Cuando la vieron llegar, la acogieron con grandes carcajadas, y Amparo, avergonzada, se echó á llorar, y quiso retirarse á su habitación.

—Ven, hija mía, la dijo su padre, no llores más, pues estoy seguro que estás ya corregida.

—¡Oh! dijo Amparito sin dejar de llorar; en mi vida volveré á bailar.

—No digas eso, la dijo su padre; pues esa es otra exageración; no prometas tan pronto renunciar al baile, porque dentro de un año es probable te guste más que lo que se te figura.

—Amparo, dijo una de sus primas, que era muy maliciosa, ¿no quieres venir esta noche al baile que da la señora de Gomez? Me han dicho que va á estar muy bien.

—Mala intención, contestó Amparo con tristeza, ¿no ves que no puedo andar siquiera?

—Vamos, no la digais nada, dijo el padre de Amparo abrazando á su hija; olvidemos lo que ha pasado; yo estoy seguro de que no volverá Amparo á cometer semejante falta.

En seguida cambió de conversación; pero la traviesa primita se puso al piano, y empezó á tocar aquel aire tan conocido:

*A mí no me gusta el baile.*

Al oírlo, todos se echaron á reír. Desde entónces, cuando Amparo estaba próxima á cometer alguna exageracion, no hacian más que empezar á cantar dicha cancion, y al momento corregia su defecto.

Este cuento nos enseña, queridos niños, que la exageracion es un defecto muy vulgar, y que el único medio de corregir á las personas ponderativas y extremadas, es obligarlas á realizar sus extravagancias.

### LA NIÑA CON ZAPATOS NUEVOS



Esta niña es presumida como ella sola, y quiere llevar el calzado sumamente ajustado para que le haga bonito el pié.

No vayan Vds. á creer que tiene los piés feos; pero su vanidad le hace creer que todavía serán más bonitos ajustándolos extraordinariamente.

No imite su ejemplo ninguna de mis lectoras, porque podrá exponerse, como ella, á graves males.



## EL BUEN EJEMPLO.



Esta niña, la mayor de los tres hijos de esa señora, ha tomado á su cargo ayudar á su madre en la educacion de sus hermanitos.

Si la veis postrada ante su madre, no creais por cierto que ha hecho alguna diablura y pide perdon. Lo que hace es fingir que ha cometido una leve falta y que, arrepentida, pide á su mamá indulgencia y perdon, ofreciendo no reincidir en la falta.

Y así da ejemplo á las otras dos criaturas, y les enseña á ser buenos, obedientes y humildes.

## LA HISTORIA DE ESPAÑA

(Continuacion)

### XIII

#### DOMINACION VISIGODA

Aquellos mismos vándalos que, derrotados por Valia, se habian refugiado entre los suevos de Galicia, sublevábase ahora contra sus defensores, agitábase en sangrientos conflictos, y los que habian tendido una mano hospitalaria, veíanse precisados á empuñar la espada para rechazar de sus hogares unas hordas inquietas y feroces. Aventados los vándalos de entre los suevos, en los primeros años del reinado de Teodoro, dirigieron sus plantas destructoras hácia la provincia que habian habitado; pero ántes de establecerse segunda vez en Andalucía, tomaron y saquearon á Cartagena, extendieron sus estragos por las costas de Valencia, convirtiéndose tan fértiles comarcas en madriguera de innumerables piratas. Hubieran por fin los suevos, los vándalos y alanos concluido por destrozarse mutuamente, convirtiendo nuestra patria en montones de ruinas y de cadáveres, si un acontecimiento inesperado no libertara á España de la plaga terrible de aquellas gentes. Desairado el conde Bonifacio, prefecto de Africa, por Placidia, viuda de Ataulfo, que regia el imperio durante la menor edad de Valentiniano III, brindó á los vándalos con la posesion de parte de las regiones pertenecientes á los romanos, y cansados los bárbaros de sus mismas demasías, transmigraron desde Gibral-

tar con sus mujeres, hijos y cuantiosas rapiñas, llevando á su cabeza al rey Genserico, en número de ochenta mil almas.

No gozaban tampoco de sosiego los españoles de la Tarraconense; pues si retrocedemos algunos años veremos como los romanos intentaban reconquistar lo que habian perdido en España; pero eran derrotados en las cercanías de Tarragona, y luego en la Galia misma, en términos que los visigodos extendieron su imperio hasta el rio Ródano.

Una época tan fatal para nuestra Península horroriza á quien con interes la contemple: por todas partes guerra y exterminio, desórden y muerte. «Época de dolores y de angustias era esta ciertamente, dice el historiador Lafuente; en todas partes lanzaba gemidos tristes: todo era pelea, matanza y desolacion; todo desórden, confusion y espanto; el mundo sufría una especie de movimiento convulsivo; no habia reposo para la gran familia humana en parte alguna; en Oriente y en Occidente, *a solis ortu usque ad occasum*, se guerreaba sin cesar; no se conocian los límites de los pueblos; nada aseguraba los tratados; la fuerza era el derecho de los hombres; cada cual se asentaba donde podia, y lo que conquistaba aquello hacia suyo; la barbarie andaba mezclada con los restos del mundo civilizado, y los semibárbaros luchaban alternativamente con todos. Los godos, semibárbaros y arrianos,

pelean en España con los suevos, alanos y vándalos, bárbaros y gentiles; en la Galia con Aecio, general romano y católico, y con Litorio, general romano también, pero idólatra. Aecio, representante de la antigua cultura, lleva por auxiliares en su ejército á francos, borgoñones, hunos y alanos, los más feroces y salvajes que habían brotado la Germania y la Escitia: Bonifacio, general romano también, llama en su auxilio á los vándalos; y Bonifacio y Aecio, romanos los dos, pelean entre sí, ambos con auxiliares bárbaros, y la larga lanza del uno se hunde en el corazón del otro; hombres, pueblos, sociedades, cultos, todo se confunde en sangrienta mezcla, y no había quietud en el universo.» Sin embargo, las luchas y catástrofes que afligian al Occidente, suspendiéronse por un instante, abandonáronse por un momento, y todo el Occidente se aunó para contener al *azote de Dios*, para oponerse al feroz Atila, que, acaudillando un millón de bárbaros, y dueño ya de gran parte del mundo romano, intentaba aherrojar el resto, para que, estrujado entre sus nervudos brazos, exhalara el último aliento, como Laocoonte y sus hijos estrechados por la serpiente.

Desde aquellas mismas heladas y nebulosas regiones de donde una muchedumbre de bárbaros había salido para castigar los excesos del mundo antiguo y regenerar la familia humana tras un largo período de guerras y calamidades, desgajábanse de nuevo innumerables hordas salvajes con el mismo afán de rapiñas que las que inundaron el orbe algunos años ántes. Nuevas y formidables masas de feroces guerreros adelantaban el paso hácia Occidente. Se-

guíanse do quier el pillaje, la devastación y la muerte. Su jefe Atila, el *azote de Dios*, era rey de los hunos, la más bárbara é indomable de aquellas razas, y á sus órdenes marchaban también los jépidos y ostrogodos. Vencedor de los persas en Asia y de los bárbaros en Europa, dominaba la Escitia y la Germania, y dejaba reinar á Teodosio II en Constantinopla, con tal que le pagara un tributo anual y le cediese la Iliria. Su espada, desenvainada siempre, había subyugado á los marcomanos, á los quados y á los suevos, y también la Hungría le reconocía como dueño. Faltábale sólo, en fin, abarcar el Occidente para ser el árbitro y señor de todo el mundo, cuando incitado para apoderarse de la Italia y de las Galias, adelantóse al frente de quinientos mil guerreros, según unos, y de setecientos mil, según otros, cambiando con sus crueles devastaciones en eriales inmensos, todo lo que ántes eran campiñas cultivadas y amenas. Desde las Galias podía pasar á España, y luego á Africa, redondeando así la conquista del orbe entero. Tal le proponían los pueblos del Occidente mismo, olvidados siempre de cuán fácilmente se cambian en tiranos los que llamaron por defensores; pero estaba reservado á Teodoro detener el nuevo y devastador torrente de hordas salvajes que desde el Septentrion amenazaba tragarse todo el antiguo género humano.

En el capítulo siguiente veremos cuáles fueron las causas de penetrar por las Galias, en el año 451, Atila, llamado el *azote de Dios* por todos los historiadores.

## FORMIDABLE EJÉRCITO.



Caballería, infantería, ingenieros y artillería.

## LAS METAMORFÓSIS DE UN REY

## CUENTO

(Continuacion)

Y en efecto, el mensaje de Mauricio no se hizo esperar, sino que en lugar de dirigirlo á su generoso hermano, lo dirigió al protector de éste, advirtiéndole que consideraria como un caso de guerra (*casus belli*) el que diese hospitalidad en una nacion vecina á la

suya al tirano destronado por la voluntad nacional, al déspota Claudino, añadiendo que si su protector no le hacia salir de sus Estados en un breve plazo, se veria en la triste necesidad de invadir con su ejército su territorio.

Tan ingrato proceder dejó anonada-

do al bondadoso Claudino, que ciertamente aguardaba mejor correspondencia; y desoyendo las sugerencias de su magnánimo protector, que de nuevo le ofrecía restablecerle en el trono con la única condición de que le indemnizara sus buenos oficios con una pequeña porción de territorio, prefirió abandonar el hospitalario suelo de su amigo, á fin de evitar complicaciones que motivaran una guerra entre dos naciones vecinas. Trasladóse á otro reino más lejano, y allí tropezó con dificultades de la misma índole, viéndose obligado á abandonarle también: de este modo, recorriendo diferentes cortes, recibiendo acá un despego y acullá un desengaño, fué dando tumbos hasta llegar á un país que por remoto y casi desconocido de su patria, le ponía al abrigo de los celos de su hermano: además llegó á aquel país como simple viajero, sin darse á conocer como monarca destronado. Gracias á esta circunstancia y á la humilde apariencia en que se presentó, nadie fijó en él su atención ni á nadie infundió sospecha.

No podía tampoco presentarse con boato: la precipitación con que había salido de su corte, no le había permitido sacar gran cantidad de dinero. Llevaba únicamente un magnífico collar de perlas que había pertenecido á su madre, y dos ó tres diamantes de gran valor en otros tantos anillos. Un comerciante de piedras preciosas le compró estas alhajas, y con el importe de ellas adquirió una casita en un valle pintoresco con algunas tierras de labor, un huerto y un pequeño bosque á espaldas de la casa.

En aquel oculto retiro resolvió pasar el resto de su vida, cultivando su huerto, y consagrando parte de su tiempo

al estudio de las ciencias y de las letras. Dos humildes campesinos, á quienes ajustó á soldada, le auxiliaban en el cultivo de la tierra, y llevaban los frutos que producía á venderlos en el pueblo más inmediato, y la mujer de uno de ellos atendía á los quehaceres domésticos, y cuidaba de las gallinas y de los cerdos que en la pequeña quinta se criaban.

El rey cesante cuidaba de los frutales, regaba y trasplantaba sus flores, perseguía en el monte á las perdices, acompañado de un perro leal é inteligente, y en sus ratos de ocio se consagraba al estudio de las ciencias naturales, y hacia sus experimentos y sus ensayos, para descubrir la piedra filosofal, constante objeto de sus cavilaciones.

Tenia este género de vida bastante de monótono y pesado, sobre todo comparado con las grandezas y el fausto en que Claudino había sido educado, rodeado de humildes cortesanos y de todo género de adulaciones. Amargaba más su existencia el recuerdo de la ingratitud de sus vasallos, y más que nada, el indigno proceder de su hermano, á quien había amado entrañablemente, para recibir por último un pago tan injusto. Todo esto, y el triste aislamiento en que vivía, obligado á ejercitarse en trabajos corporales para atender á las necesidades de la vida, agriaron hasta cierto punto su carácter, convirtiéndole de dulce y expansivo en melancólico y celoso. La lectura y meditación de ciertos libros de filosofía, le hacía mirar bajo un prisma desconsolador las maravillas de la naturaleza y las miserias que rodean á la especie humana. El hombre, á sus ojos, era el ser más infortunado de la tierra, el que

ménos tiene que agradecer á la naturaleza y el que con más trabajos vive.

—No hay en la creacion, decia, un sér más desventurado. De todos los animales, él es el que tiene mayor número de necesidades y ménos medios de satisfacerlas. Para él todos son enemigos; la naturaleza entera parece que conspira para suscitarle contrariedades. Es el único que necesita regar con el sudor de su frente el alimento que ha de sustentarle; el único para quien sus semejantes son sus enemigos; el único á quien se ha dado el triste privilegio de las lágrimas. Es verdad que tiene un alma inteligente, destello de la divina sabiduría; pero sólo le sirve para tener más perfecto conocimiento de sus miserias, para conocer el bien y no poder alcanzarle, para adivinar el mal y no poder evitarle, para engendrar en su mente deseos que no puede realizar.

Miraba luego, á la hora en que el alba comienza á bañar con sus primorosas tintas las copas de los árboles, cómo los inocentes pajarillos, saltando de las ramas, sacudian sus pintadas plumas y comenzaban los alegres gorjeos con que prueban su contento, y sabiendo que el crepúsculo vespertino habia de encontrarles en tan dulce ejercicio cuando el padre del dia hubiera terminado su carrera, y decia:

—Sólo entónces darán tregua á sus inocentes placeres para buscar al abrigo de una rama el sosiego y el descanso que no interrumpirá con sus tibios rsys la luna, ni turbarán temores, deseos ni ambiciones en el espacio de la callada noche. Y cuando el primer rayo del alba hiera de nuevo sus ojos, sacudirán otra vez sus plumas, desplega-

rán sus alas y comenzará de nuevo la serie de sus alegrías. ¡Felices ellos que nada echan de ménos, y que encuentran todos los dias en las semillas de la tierra cuanto necesitan para alimentar su vida! La naturaleza les viste y les ofrece abundante alimento, el humilde arroyuelo les brinda con sus cristalinas aguas, la espaciosa atmósfera les ofrece eterno recreo; la muerte no les asusta, porque ignoran que ha de venir. ¡Dichosos ellos mil y mil veces!

La contemplacion de todos los séres animados que pueblan la tierra y el aire, llevaba á nuestro filósofo á establecer comparaciones entre la suerte de cualquiera de ellos y la que está reservada al hombre, rey de la creacion. De parte de éste, hallaba siempre la desventaja, y estas consideraciones tristes le hacian envidiar la existencia de cuantos animales veia, áun los que pueden mirarse como ménos favorecidos y más miserables.

—¡Si yo fuera jilguero ó ruiñeñor! decia suspirando; ¡si fuera al ménos lagarto, ó grillo, ú hormiga!... ¡si pudiera convertirme en venado, en águila ó en cuervo, ó aunque fuera en pececillo de esos que con tanta viveza surcan la clara corriente del riachuelo!... ¡qué feliz seria!...

Sumido en estas reflexiones se hallaba nuestro príncipe filósofo á la caída de una tarde, cuando vió llegar por un sendero que conducia á su quinta á un anciano peregrino que se apoyaba en un tosco baston. Su traje era humilde, su andar reposado, y á su rostro sereno le daba cierta respetabilidad una barba luenga y cenicienta que le llegaba á la mitad del pecho.

Quando el viajero llegó á donde estaba Claudino, se detuvo y le saludó

cortesmente, rogándole que le dijera si por aquella noche encontraría hospitalidad en la quinta. De buen grado se la ofreció el jóven, despues de indicarle que era el propietario de aquel modesto albergue, le invitó á pasar adelante y le colmó aquella noche de todas las atenciones que exige la más cordial hospitalidad. Durante la cena, hablaron de diversos asuntos, y muy particularmente se detuvieron á tratar sobre filosofía. El peregrino mostraba ser hombre muy instruido, y de un talento muy superior, que dejó encantado á su huésped: tenia, sin embargo, opiniones diversas de las que sostenia Claudino, y consideraba al hombre como superior á los demas seres animados, y más favorecido que ninguno de ellos por la naturaleza, porque los infables goces de la inteligencia abren á su vista un tesoro inagotable, que á ninguno de los irracionales le es dado disfrutar. Ya habia pasado la media noche cuando los dos filósofos se retiraron á descansar, y al despedirse el peregrino dijo á su huésped que pensaba madrugar mucho, pues debia emprender su viaje al rayar del alba, motivo por el cual no le veria probablemente más, y le significaba su profundo agradecimiento por la benévola acogida que le habia dispensado.

—Conozco perfectamente, dijo luego, vuestra historia y vuestras desventuras, como así tambien los extraños deseos que abrigais. Veo que mis argumentos no os han convencido de que el hombre es la criatura ménos desgraciada de la creacion; pero lo que mis palabras no han conseguido lo alcanzará vuestra propia experiencia, si quereis hacer la prueba que voy á indicaros.—Desde este momento sois

dueño, si quereis, de correr toda la escala animal. Sólo con desearlo os convertireis en ave, en pez, en fiera ó en insecto, y cambiareis cuantas formas se os antojen. Así podreis convenceros de que no es el hombre, como imagináis, la más desdichada de las criaturas. Buscad la tranquilidad de la dicha en la existencia de cualquiera de las especies animales, y si en ninguna de vuestras metamorfosis os sentís feliz, volved á ser hombre, y que la idea de que no hay un sér completamente dichoso en la tierra os consuele y os fortifique para sobrellevar las penalidades, cuyo peso tanto os abruma.

Pronunciadas estas palabras, el peregrino desapareció, dejando á Claudino lleno de asombro, pues no vió cómo se habia verificado aquel prodigio. Cuando su estupor le permitió hacer algo recorrió la casa toda, y halló todas las puertas cerradas como estaban ántes, sin que el misterioso peregrino hubiera dejado rastro de su paso por ninguna parte.

Quedó persuadido de que acababa de comunicarse con un sér superior á la naturaleza humana, y lleno de terror se retiró á su dormitorio. Por más esfuerzos que hizo, y aunque se metió en la cama, no pudo conciliar el sueño. A cada momento creia oír un ruido extraordinario y misterioso, ó creia ver surgir de las tinieblas fantásticas apariciones que cambiaban de forma ó se desvanecian.

Poco á poco se fué serenando su espíritu y pudo formular las siguientes reflexiones:

—No hay duda que algo de maravilloso hay en la aparicion de ese peregrino: no hay duda en que he cenado y hablado con él. Para convencerme de

que todo no ha sido una ilusion, y para salir de dudas, hay un medio: él me ha dicho que puedo transformarme, á mi capricho, en el animal que quiera; pues bien, haré la prueba, y si sus palabras

son verdad, la propia experiencia me demostrará si me engañaba ó no al creer que no hay sér más desventurado que el hombre. Probemos, pues... ¡Quiero ser rruiseñor!

P. D. MONTES.

(Se continuará.)



Cuéntase que un rey, amantísimo padre, se hallaba en la misma posición que el padre representado en esta viñeta, en ocasión de entrar en la cámara un embajador, á quien causó gran sorpresa ver al soberano sirviendo de cabalgadura á sus hijos. Y el rey, notando el asombro del magnate, le dijo:

—Si fuérais padre, no os sorprenderíais.

Con perdon de aquel rey, debo decir que nunca un padre, por mucho que ame á sus hijos, debe prestarse á lo que el rey aludido se prestaba de buen grado, sin que por eso deje de ser cariñosísimo con ellos.